

más características de la danza. Por eso no es cosa de pararnos en Africa como raíz musical, ya que eso de por sí ocuparía más de un libro, sino que desgajando y trasplantando a América el negro africano, ver la influencia que ejerce o la forma que en otro medio adopta. Ante todo hay una generalidad, y es que todo lo que esté impregnado de africanismo lleva consigo una primitiva animalidad, la más de las veces inocente, pero siempre lujuriosa.

Me ha sido dada la ocasión de presenciar varias exhibiciones de danza americana pletóricas de giros, formas, fondos, argumentos y ejecutantes negros.

Una de las manifestaciones más puras es la que Eula Rikar y sus bailarines negros han dado. Más puras y más africanas. Todos los bailarines y bailarinas son de raza negra. Apolos de ébano ellos y un manojo de músculos y nervios ellas. Los senos casi desaparecen por la continuada acción atlética. Las músicas monocordes y sincopadas son por lo general interpretadas con instrumentos típicos, tales como timbales, bubís (arcos de cuerda tensada), tambores de troncos vaciados y diferentes longitudes y danzas, serie de teclas que vibran colocadas sobre resonadores.

Los argumentos religiosos son marcadísimos, y la brujería y la magia hacen una sugestiva mezcla de misterio y morbosidad. Danzas para satisfacer a los ídolos, ahuyentar a los espíritus, o ritos de iniciación a la pubertad, hacen que los cuerpos poseídos o comidos por el deseo se retuerzan mil veces en estentóreos movimientos de simbólica y marcada apreciación. La resistencia física es primordial, y aún así, asusta el ver a qué grados en su paroxismo y excitación colectiva llegan estas agrupaciones en la interpretación de las danzas que, pareciendo que en el último momento van a reventar y saltar hechos pedazos, terminan algunas veces con hemorragias nasales.

Uno de los danzarines negros de más acusada personalidad, es Claude Marchant. Su flexibilidad de ejecución le lleva de interpretar danzas originales del Congo en la forma de los vudes, al «Ramble Boogie» de Cole Porter, estilización máxima esta última del baile americano interpretado por negros.

Las mil variaciones de todas estas danzas primitivas, asentadas o autóctonas de Sudamérica, Caribe o Estados Unidos, tienen sin embargo en estos intérpretes la más fina, graciosa y delicada de las versiones.

Urca (chorro) y Barambidi (guaracha), interpretadas por Ruth Ham, fueron un modelo de intuición artística y refinadas cualidades, ajenas por desgracia a las versiones convencionales, burdas y torpes que se hacen en escenarios de revistas y por conjuntos «coreográficos» ineptos que sirven sólo de alimento de mayorías ignorantes y complacientes. Sólo la pureza del baile americano aparece cuando se conjuntan valores musicales como los de Duke Ellington y su melodía «Solicitud» interpretada por Kathleen Stanford.

En otra línea del ballet americano se encuentra un joven que con sorpresa de todos se ha presentado en Europa. Se trata de Alfredo Alaria.

Alfredo Alaria es, ante todo, un excelente bailarín. Pero prodigiosamente es también un excepcional realizador. Digo realizador y por tanto montador, porque Alaria, en su concepción artística del ballet, está más cerca de la forma o técnica puramente norteamericana del cinematógrafo que del clásico coreógrafo de ópera europeo. Alaria, después de haberse presentado en Madrid, debutará este otoño en París. Seguramente darán una voz de alegre alerta los agudos cazadores de talentos del Sena. Pero esta vez en verdad no son adelantados de ningún descubrimiento.

Porque Alaria, pese a lo que él crea, fué visto en su magnífica concepción artística aquí. A no dudar que en Francia el ballet de Alaria se mostrará en sus realizaciones, «La Afrenta», «Bolero» y «Hechizo» por citar algunas, en su más completa y desenvuelta desnudez, pero el Alaria coreógrafo y colocador magistral de las figuras en escena, con las que crea auténticas bellezas plásticas, el Alaria escenógrafo y el Alaria bailarín de «Zapateado» en malambo y la «Antillana» de Scotty, ese Alaria es uno aquí y allí; es, en fin, un gran artista.

El ballet «La evolución de la danza», según Alaria, en todas sus formas de presentación musical, coreográfica, escenográfica, luminoplastia, maquillaje, época y vestuario, es como arte lo más plausible de como americano, y como ballet americano sobre un escenario debemos agradecerle que nos haya traído.

Partiendo de 1900, con el ballet clásico en puntas con música de Tchaicovsky, hasta Harlem, 1945, con temas populares y arreglos de Waitzman, es América la que desfila con «Vaudeville», 1912; «Charleston», 1925 (encantador «Charleston» de medias negras, zapatos de tacón descomunal, estrechos y con hebilla, talles bajos, collares largos y sombreros encasquetados); «Woogie», 1935 (maravilloso contraste con la estampa anterior; aquí hay ya faldas cortas y ajustadas, excitantes sueters que enguantan los pechos y jóvenes todos un poco existenciales), y, por fin, «Harlem», 1945, siempre candencioso, negro, ritual y sensualista.

Junto a esta finura en algunos ballet, trae Alaria el vigor de una danza tropical fuerte y a veces procaz. El mismo «Bolero» de Ravel en versión de Alaria, y pese a que su fuerza es netamente musical, tiene en esta ocasión una fuerza visual lujuriosa transmisible a los espectadores como nunca habíamos visto en la danza.

Esto y un conjunto de muchachas jovencísimas y con vocación, tales como Ema Saavedra, Nélica Galbán, Irene Eserverri y María Elena Roo, entre otras, hace que creamos que, aunque joven y con pocos años, la danza y el ballet americano, en sus más variadas formas y acepciones de origen, sea una realidad gustada y conocida por todos como elemento integrante de una cultura viva que es y que han sabido crear.